

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

12. MIRANDO HACIA ATRÁS

SE DIRIA que estaban moviéndose en un medio gelatinoso, pensó abstraídamente Juan Carlos; o bien que habitaban un extraño mundo de poderosa atracción gravitatoria... Miró al hombre de la cámara: era un individuo de corta estatura, paliducho, semicalvo; flexionaba el índice con tanta lentitud sobre el disparador, que Juan Carlos habría querido gritarle que se diera prisa.

Parpadeó ligeramente al destellar la bombilla del “flash”. Notó, con cierto asombro, que incluso disponía de tiempo para observar cómo la luz blanquecina crecía en el filamento y luego se extinguía gradualmente. Las voces también sonaban en forma peculiar, como esos discos pasados a menor velocidad de la adecuada. Componían frases concisas, sin exceso de adjetivación; sin embargo, el joven las oía flotar en el aire enrarecido de la pequeña oficina, largas, muy largas.

Alzó la cabeza cuando uno de los hombres que pululaban en la habitación se le acercó hasta casi llegar a rozarlo.

—¿Te sentís bien, botija?

Asintió con un cabeceo. Dios, ¡cómo le pesaba el cráneo!...

—Ya casi terminamos —dijo el hombre.

TERMINABAN... Había un sinuoso contorno de tiza trazado sobre el piso, junto al mueble archivo. ¿Y esas salpicaduras oscuras, por todas partes? Recordó, forzando algo a la memoria, que poco antes dos uniformados de blanco se habían llevado un bulto, largo y pesado, cubierto con una sábana. Entraban y salían; salían y entraban. ¡Pero con tanta parsimonia!... Alguien le alcanzó algo. Al tomarlo, estuvo a punto de dejarlo caer. ¡Demasiado caliente!

—El café te va a hacer bien —pronunció una voz vagamente conocida.

¿Café?, se preguntó. En forma maquinal se llevó el borde del vaso de cartón a la boca. Estaba demasiado azucarado, pero, en efecto, le sentaba bien... Ellos continuaban agitándose a

su alrededor. ¿Se terminaría alguna vez aquel ajetreo *en ralenti*?... Cerró los ojos, echándose para atrás. Era dura la silla, pensó. Habría querido dormirse: se daba cuenta ahora de lo fatigado que estaba todo su cuerpo. Pero esa gente hacía tanto ruido, entrando y saliendo, y revolviéndolo todo... Suspiró. ¿Sería alguna pesadilla?

—¡¡Eh!! ¡¡Comandante!!

EL GRITO lo hizo saltar de su posición reclinada. Los restos del café humeante salieron disparados fuera del vaso de cartón, para estrellarse contra el suelo tras dilatada caída. Advirtió que estaba temblando; entonces apretó con fuerza los puños y los dientes, pegando también los brazos al cuerpo, para evitar que los demás lo notaran.

—¿Por qué diablos gritas así, Guzmán? —rezongó la voz familiar, a un costado de él—. ¡Asustaste al muchacho!

—Pe-pero es que... ¡Venga, por favor, comandante!

El requerido pasó junto a Juan Carlos, con zancadas que resonaron dolorosamente en los oídos del joven. Iba en dirección de un diminuto cuarto de baño anexo al despacho, desde donde partiera el llamado. Fue entonces que Juan Carlos, no sin cierta aletargada sorpresa, lo reconoció por su calva y sus hirsutas cejas fruncidas.

—No te preocupes, Juanca —le dijo Callaza—. Ya pronto nos vamos todos.

Penetró en el gabinete y cerró la puerta a sus espaldas. Juan Carlos, presa de repentina e inexplicable angustia, aguzó el oído, en un intento febril de captar algo de aquella conversación que se mantenía fuera de su vista.

—...cielos benditos! ¿Hará mucho que...?

—...casi como el otro. ¡Pero mire el cuchillo, aferrado entre...!

—Sí, y con las dos manos. Parece que...

Cuchillo. Como el otro. Juan Carlos sacudió la cabeza. De pronto las cosas empezaron a portarse locamente en torno a él: las paredes se balanceaban a uno y otro lado, el piso ascendía oblicuamente, como la cubierta de un barco en aguas agitadas, y el techo se desplomaba encima de...

—¡Cuidado! ¡Ese se va al suelo!

—¡Sosténganlo, inútiles!

M ANOTELO con desesperación de náufrago. ¡No quería sumergirse en ese piélago de oscuridad! El cuchillo... ¡La sangre! La rubia con el cuello cortado. ¡Raskowsky que hacía trizas las fotos de las rubias! El osito de peluche japonés..., ¡pero si eran tres, ahora que se fijaba! Di Reggia que decía obscenidades, sus nudillos aplastándole un ojo. Otro. ¿Otro qué? Sangre. ¡La mancha de la camisa blanca, negra, negra y...

—¡Pa... pá! —y todo se fundió en un solo plastrón de noche.

.....

F UE EL sonido de las voces lo que lo trajo de vuelta a la luz.

—¿Se va a poner bien, doctor?

¡Virginia!, pensó él. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Descuide. El efecto del calmante que le puse... y la tensión, por supuesto.

¿Calmante? ¿Tensión? Sintió el roce suave de los dedos de ella en la frente, echándole el pelo para atrás. ¡Qué bueno tenerla al lado!

—Me parece que se está despertando, doctor.

—Sí, ha de estar reaccionando... No, déjelo. Déle un poco de tiempo.

Movió la cabeza sobre la almohada. ¿Se había ido Virginia? ¡Si tuviera energía para separar los párpados!... Se revolvió entre las sábanas, y entonces la mano de la mujer se deslizó en la suya, y aquello lo sosegó. Enseguida notó que no había problema en abrir los ojos.

—Psi... cóloga —murmuró, tratando de componer una sonrisa.

—Shh... No hables. Estoy aquí, contigo.

¡Esos hoyuelos! Se le distendieron los músculos. Ahora podría descansar... Pero se encontró luchando contra aquella lasitud. ¡Tenía que saber un poco más!

—¿Es... toy en mi... casa?

—Sí. Pero quedate tranquilo, ¿eh?

—¿Cómo fue que...?

—Llamé para saber de ti, y ellos me dijeron que te habían traído. Vine enseguida... Por suerte estás bien. Tratá de dormir, ahora, que yo me quedo a cuidarte, ¿sabés? —y volvió a sonreírle.

A EL LE temblaban los labios al preguntarle:

—¿Ya supiste lo de...?

Ella inclinó la cabeza. Sus ojos relucían, como húmedos.

—Sí... ¡Qué pena!... ¡Lo siento tanto! —susurró—. Pero hacé lo posible por no pensar en eso por ahora. Necesitás calmarte para que te puedas recuperar, ¿sabés?

Juan Carlos pugnó por incorporarse.

—¡Pero tengo que...!

Con suave presión de ambas manos, Virginia lo obligó a recostarse de nuevo.

—Descansá ahora. ¡Te prometo que luego trabajaremos juntos para resolver esto! El responsable lo va a pagar. Pero ahora dormite, ¿eh?

El apretó los finos dedos que anidaban en los suyos.

—¿No te vas... a ir? —preguntó quedamente.

—De acá no me muevo —le dijo ella al oído—. Cerrá los ojos, ¿sí?

Al fin le llegó el sueño; pero no así el reposo, hasta tanto no desapareció la visión del ancho rostro de Mendoza, su sonrisa sarcástica y el diente de oro..., brillante como un pequeño sol malévol.

L O ESENCIAL —dijo— es mantenerse frío y razonar como corresponde. Igual que si se tratase de un caso de tantos... Eliminando el factor personal, ¿entendés? ¡Aunque Dios sabe que me cuesta como el diablo hacer eso!

Caminaba nerviosamente en torno de la chica. Ella se limitaba a girar la cabeza, siguiéndolo con su clara mirada. Tenía que reconocer, se dijo, que ese muchachote alto, tozudo y simplón se había convertido en algo muy importante en su vida. Y si ahora estaba empeñado en resolver solo este endiablado asunto, a ella le correspondía ayudarlo en lo que pudiese, aun cuando la empresa llegase a antojársele quimérica, quijotesca y/o utópica...

—Nadie te va a criticar si subjetivizás un poco en función de tus sentimientos personales —interpuso suavemente—. ¡Se trata de tu padre!

El agitó una mano, manteniendo la otra en el bolsillo.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Pero tengo que llegar a verlo sólo como... otra víctima, junto a Lucy García, Di Reggia, Raskowsky y... Farrazzini.

—¿Estás seguro de que...? ¡Porque Callaza dijo...!

—¡Estupideces! —Luego del descanso se había levantado en evidente estado de exaltación; pero rechazó enérgicamente la sugestión de Virginia en cuanto a tomar un sedante—. ¡Ni el mismo Callaza se lo cree! ¡Vaya! ¡El asesino, arrepentido de sus crímenes, se suicida! ¡El perfecto final! ¡Como para que la policía se quede tranquila y con la satisfacción del deber cumplido! No, nena..., ¡ésa no me la trago! ¡A Farrazzini “lo

suicidaron”, más bien! —Sus ademanes eran vehementes, irreprimibles; no obstante, ella notó, complacida, que Juan Carlos se esforzaba por contenerse.

—PERO LO que escribió tu padre... ¡Ay, perdoname! Me imagino cómo te tiene que afectar el hablar de estas cosas...

—¡No, no! Es justo así como tenemos que encararlo: imparcialmente. ¿Te referías a esas dos letras que logró escribir mi padre —aspiró con fuerza antes de acabar la oración— con su propia sangre sobre el suelo?

Ella asintió con el gesto. Delicadamente:

—“Efe-a” —observó—. ¡Bien pudieron ser las dos primeras letras del apellido del Secretario! ¡Fa-rrazzini!

—¿Una acusación póstuma? ¡No, nena! ¡Eso es cosa de película!

Se había tumbado en un sillón. El sol mañanero se filtraba a través de los visillos de la ventana, suavizándole los rasgos y arrancando móviles destellos de sus lentes. A los ojos de Virginia, la frente de él aparecía casi traslúcida. Ella habría jurado que podía ver las circunvoluciones cerebrales contrayéndose y expandiéndose alternativamente, al ritmo de los convulsionados pensamientos del detective.

—¿Entonces opinás que está todo... fabricado? —preguntó, a fin de ayudarlo a dar forma a sus ideas—. ¿El verdadero asesino pretende hacernos creer en una farsa? ¿Mató a... tu padre, luego a Farrazzini, y preparó todo para que se pensara en...?

—No. —Juan Carlos sacudió un dedo—. No todo: creo que mi padre de veras trató de escribir algún mensaje. ¡Pero no necesariamente “Farrazzini”!

Dos arruguitas verticales plegaron la frente de Virginia.

—¿Qué pudo ser, entonces? ¿Qué iba a querer avisarnos, fuera del nombre del asesino?

—¡PUES AHI está la cosa! —La palma de Juan Carlos azotó el brazo del sillón—. ¡No tengo la menor idea! Pero, sea lo que fuere que intentó transmitir, de algo sí estoy seguro: es fundamental para llegar a la verdad. Ya te dije: ¡cuando mi padre trabaja en un crimen, no hace nada sin una razón de peso!

Terminó de hablar y se quedó respirando con marcada agitación. Virginia hubiese deseado tomarle una mano, al menos; pero comprendió que cualquier toque de su parte podría interferir con el desarrollo del proceso natural por el que Juan Carlos estaba transitando.

—Vamos a ver —continuó diciendo él, al cabo de la pausa—. Examinemos todo desde el comienzo. Podría haber algún detalle que se nos haya escapado... ¡Repasaremos todo punto por punto, si es preciso!

—De acuerdo —aceptó la joven—. Estoy contigo.

—Lucy García —indicó él—, para empezar. ¿De veras hemos tomado en cuenta como corresponde todo lo relativo a ella? Volvó a decirme lo que sabés de la muchacha..., como si nunca me lo hubieses mencionado antes.

—Ya entiendo —dijo Virginia—. Es un método de investigación, ¿verdad?

—El único eficaz —afirmó Juan Carlos—. ¡No creas en esas paparruchas de Agatha Christie o Conan Doyle! No hay supermentes ni deducciones apabullantes: todo se reduce a paciencia, constancia, sentido de la oportunidad, retentiva y..., sí, también algo de imaginación. ¡La verdad puede estar ahí nomás, esperando a que veamos lo obvio a través de cualquier cortina de humo que se nos tienda, o que nos tendamos solos!

BIEN —repuso ella—. Sabemos de Lucy que era retraída e insegura. Que tenía problemas de relación y que además necesitaba confirmar su identidad. Por sus confidencias pude averiguar, también, que buscaba un modelo de conducta —de ahí su intento en emular a la exitosa Esmeralda Capurro—, pero no disponía de las herramientas psíquicas necesarias para interpretar cabalmente ese deseo suyo de mimetización...

—Y hay algo más —intervino Juan Carlos, cortando el fárrago de tecnicismos—, y a mi juicio de la máxima importancia... ¿No hablabas de la posibilidad de alguna experiencia traumática en su pasado?

Virginia ladeó un poco la cabeza, levemente desorientada ante las palabras de él.

—Sí —admitió—, pero ya te expliqué, también, que desde el punto de vista de la terapia conductista el pasado se deja un poco de lado, para concentrarnos en el *aquí* y en el *de aquí en más*. Yo le prescribí ciertas normas para que...

—¡Exacto! —exclamó Juan Carlos, inconsciente de las pequeñas laceraciones que su impetuosidad causaba en ella—. Y vos misma reconociste que tenías motivos personales para no razonar en ese tema con la debida claridad... No, me rectifico: debí decir “objetividad”. ¡Porque, precisamente, empiezo a ver que en este caso existe una influencia muy marcada del *pasado*!

—¿CÓMO es eso? —Virginia entornó los ojos—. ¿Qué quieres decir?
—Di Reggia, por ejemplo —dijo el detective—. ¿No se valió de un suceso del pasado de Lucy para dominarla? ¡Incluso es posible que la haya hipnotizado para lograr sus propósitos!

—¡Eso no pasa de conjetura! —protestó la muchacha.

—Pero es una conjetura plausible... Tú misma dijiste que él con seguridad debió enterarse de algún secreto..., ¡que tal vez le habría arrancado a Lucy la clave de la identidad del asesino!

—Eso lo dijiste tú, no yo. Además, en aquellos momentos yo estaba nerviosa..., confundida. ¡No discurría con la objetividad que ahora nos estamos trazando como norma!

—Sin embargo, yo creo que dimos en el clavo. —Alzó una mano, para detener cualquier objeción de parte de ella—. ¡Espera! Supongamos que en verdad *había* algo oculto en el pasado de Lucy. Ya te lo fundamento: ¿sabías que estaba embarazada?

VIRGINIA abrió los ojos, sorprendida. Luego se reflejó una sombra acongojada en ellos.

—No sabía, no... ¡Qué pena! Pero eso no tiene nada que...

—¿Y sabías que usaba lentillas de contacto..., oscuras?

—¿Eh?

—¡Sobre unos preciosos ojos celestes! ¿Por qué?

Ella meneó la cabeza, totalmente desorientada.

—¡No tenía ni idea de que...! No me lo explico... ¿Es decir que Lucy...?

—*¡Alteraba deliberadamente su aspecto, sí!* Tenía cabellos naturalmente castaños y ojos azules... Todo eso está en el informe de la autopsia, que nos facilitó Callaza —dijo Juan Carlos, empleando sus anteojos para reforzar los puntos de interés—. Pero en el pelo había señales de antiguos teñidos..., ¡justamente lo que a ti te pareció, en tiempo más recientes, que a ella le *repugnaba* hacer!

Virginia sintió que la piel de los brazos se le erizaba.

—Sí..., ¡qué extraño! —musitó—

—Y hay un detalle más, que sacó a luz el examen forense... Algo que tuve oportunidad de leer en el dichoso informe, igual que mi padre; pero, como estábamos más interesados en el embarazo, y en los ositos de felpa, lo absorbimos sin prestarle atención: ¡Lucy tenía *una vieja cicatriz* junto a la herida mortal del asesino!

LA JOVEN se retorció las manos. Se le habían puesto muy grandes los ojos, y los labios muy pálidos.

—¿Y qué significa...?

—*¡Pasado!* —lanzó Juan Carlos—. Otra vez pasado. No sé aún cómo se relaciona una cosa con la otra, pero ya ves cómo el pasado surge una y otra vez, obsesionante... ¡Y no fuiste tú la única en descuidarlo!

—Entiendo —dijo ella—. ¡Todos pasamos por alto lo evidente!

—¡No todos! —replicó él, con cierto acento ufano.

—¿Cómo?

—Mi padre estuvo llamando anoche a Punta Azul, su vieja demarcación. ¡Eso también se refiere al pasado! Y...

SUBITAMENTE saltó en pie, con una exclamación casi feroz. Virginia lo contemplaba anonadada.

—¡Estúpido! —gritó el detective, y se golpeó el pecho—. ¡Aturdido! ¿Cómo demonios no me di cuenta antes? ¡Mongólico de mí!

—¿Qué es lo que te pasa? ¡Juan Carlos, por Dios! ¿Qué...?

El contuvo con impaciencia los intentos de la chica por serenarlo. Febril, apretó las delgadas muñecas de ella hasta hacerla gemir de dolor.

—¿Pero no lo ves? ¿No está claro como el agua?... ¡Callaza! —voceó—. ¡Hay que llamarlo enseguida! ¡No! ¡Mejor ir para allá en persona!

Se arrojó hacia el perchero, tomó el saco y se lo fue colocando al mismo tiempo que salía como una flecha en dirección de la puerta. Torció el cuello para gritarle a Virginia, por encima del hombro:

—¿Venís o te quedás ahí parada? ¡Creo que estamos a un paso de averiguarlo todo!

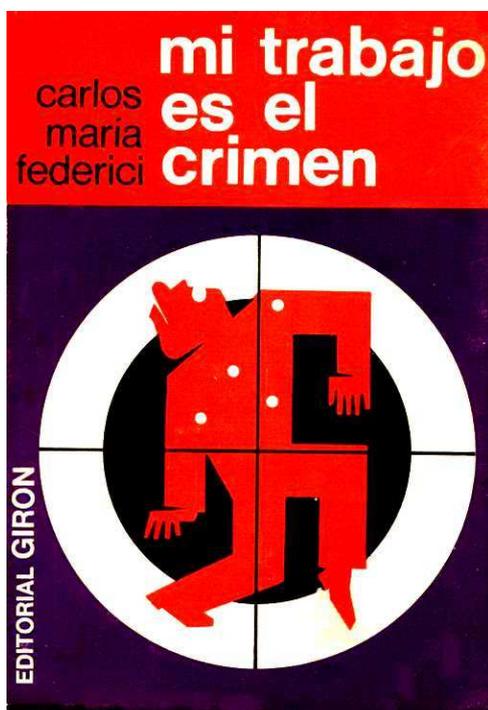
© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



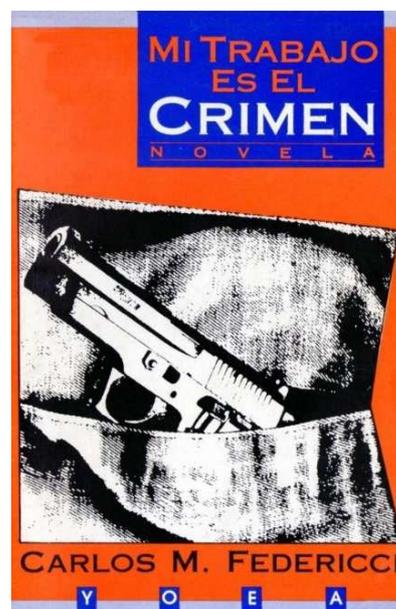
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

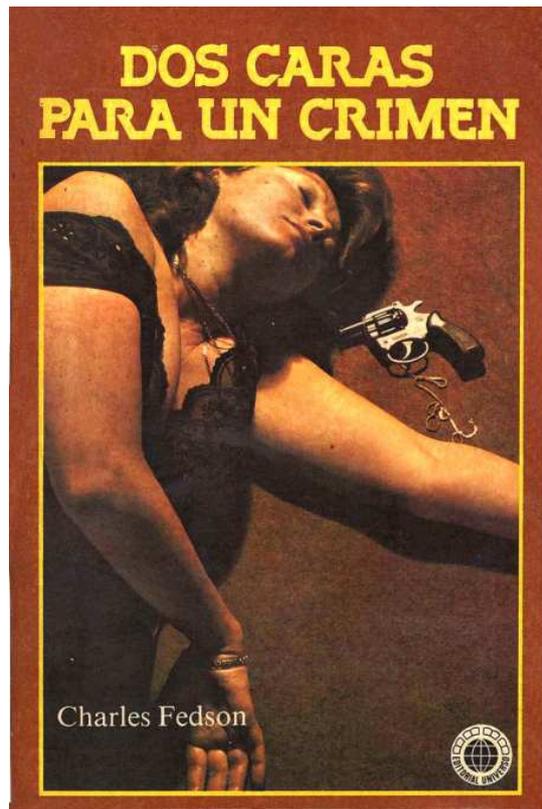


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA

G O D D E U \$
(Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policiacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/fedirici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com